

VIII

**El Prado.—La mantilla y el abanico.—Tipo español.—Agua-
dores y cafés.—Periódicos.—Los políticos de la Puerta
del Sol.—El correo.—Las casas de Madrid.—El teatro del
Príncipe.—Palacios y monumentos.**

Al hablar de Madrid, las dos primeras ideas que acuden á la mente son las de la Puerta del Sol y el Prado; vamos á este último, ya que es la hora de paseo. El Prado es un paseo con varias filas de árboles, cuyo tronco se baña en unos canalillos de ladrillo llenos de agua; á no ser por esta precaución, pronto los devoraría el polvo y los asaría el sol. El paseo empieza en el convento de Atocha, pasa por delante de la puerta de este nombre y la de Alcalá y termina junto á la de los Recoletos, pero la gente elegante no sale de un espacio circunscrito por la fuente de Cibeles y la de Neptuno, entre la puerta de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo. Allí hay un gran espacio llamado Salón, con filas de sillas, y como la imaginación de los elegantes no brilla por lo pintoresco, han elegido éstos el sitio más polvoriento, menos umbrío y menos cómodo del paseo. Tan apretada está la gente en el escaso espacio, que cuesta trabajo llevarse la mano al bolsillo para sacar el pañuelo. La única razón que puede haber hecho escoger aquel lugar consiste en poder ver y saludar á la gente que va

en coche, porque siempre es honroso para el que va á pie saludar á los que pasean en carruaje, aunque la mayor parte de éstos son poco brillantes: suelen tirar de ellos mulas feisimas, de pelo negrozco, enorme panza y orejas puntiagudas. Hasta el coche de la reina vale bien poco, y lo desdeñaría seguramente un inglés millonario. Más hermosos son los caballos andaluces, en los cuales se pavonean los lechuguinos madrileños. Imposible es ver nada más elegante, más noble y más gallardo que el corcel andaluz, con la crin trenzada, la cola opulenta, el arnés adornado con madroños rojos. Diferencia va de estos nobles animales, que han conservado su hermosa forma primitiva, y las máquinas de locomoción que se llaman caballos ingleses, á los cuales no les queda del caballo más que cuatro patas y una columna vertebral para sostener á un *jockey*.

Pocos sombreros suelen verse en el Prado, donde dominan las mantillas, que son de encaje negro ó blanco y se colocan en la parte posterior de la cabeza, en lo alto de la peineta; algunas flores puestas en las sienes completan el tocado, que es lo más encantador que puede imaginarse. Con la mantilla, más fea tiene que ser una mujer que las tres virtudes teologales para no parecer bonita; desgraciadamente, eso es lo único que han conservado del traje nacional; lo demás es á la francesa. El abanico corrige algo esa pretensión al parisienismo: una mujer sin abanico es cosa que aun no he visto en España; las vi con zapatos de seda y sin medias, pero con abanico. A todas partes lo llevan, hasta á la iglesia, donde se encuentran grupos de mujeres de todas edades que rezan y se abanicen con fervor mientras se santiguan, operación allí más complicada que en Francia, y

que ejecutan con precisión y rapidez dignas de soldados prusianos.

Lo que entendemos en Francia por tipo español no existe en España, ó al menos no lo he encontrado aún. Cuando se habla de mujeres españolas, se piensa en alargados óvalos, ojos negros y grandes, cejas aterciopeladas, nariz fina, algo arqueada, roja boca de granada y tez de tonos cálidos y dorados; pero ese es el tipo árabe ó moruno, no el español. Las madrileñas son encantadoras, y de cada cuatro hay tres bonitas. Son chiquitas, bien formadas, de pie fino, cintura cimbreante, pecho opulento, cutis blanco y facciones delicadas. Muchas tienen el pelo castaño claro, y no se dan dos vueltas por el Prado sin encontrar siete ú ocho rubias de todos los matices, desde el rubio ceniciento hasta el rojo ardiente. Abundan los ojos azules, pero allí prefieren los negros.

Mucho nos habían ponderado las manolas de Madrid, pero ese tipo ha desaparecido como la *grisette* de París y la transtiberina de Roma; algo queda de ellas, pero despojado de su carácter primitivo; ya no tienen el traje atrevido y pintoresco; ya no existen las sayas de vivos colores bordadas con ramos ni el chapín de raso. En otro tiempo variaban el aspecto del Prado con su gallardo andar y su traje extraño. Hoy no se las distingue de la clase media. He buscado la manola en todos los rincones de Madrid, en las corridas de toros, en las Delicias, en el nuevo Recreo, en la romería de San Antonio: nunca la he encontrado completa. Una vez, recorriendo el Rastro, me hallé en una callejuela desierta y allí la ví por primera y única vez. Era una muchacha alta, bien formada, de unos veinticuatro años. Tenía cutis atezado, firme y triste mirar, labios gruesos y un no sé qué afri-

cano en el semblante. Enorme trenza de pelo azul, á fuerza de negrura, se enrollaba en lo alto de su cabeza, sujeta con peineta de gran tamaño; arracadas de coral le colgaban de las orejas y un collar de lo mismo le rodeaba la garganta. Mantilla de terciopelo negro le servía de marco para cabeza y hombros; el vestido, tan corto como el de las suizas de Berna, era de paño bordado y permitía ver pantorrillas finas y nerviosas, cubiertas por estirada media de seda negra, y un abanico encarnado temblaba como una mariposa de cinabrio en sus dedos cargados de sortijas. La última manola volvió la esquina del callejón y desapareció, dejando maravillados mis ojos. En el Prado he visto á algunas pasiegas con su traje característico; pasan por las mejores amas de cría de España y es proverbial el cariño que tienen á los niños. Llevan falda de paño rojo plegada, con ancho galón de oro, corpiño de terciopelo negro con bordado igual, y á la cabeza pañuelo de colores vietosos, acompañado todo ello de alhajas de plata. Suelen ser muy hermosas: ostentan carácter de fuerza y grandeza.

En Madrid existe un comercio del cual no hay ni idea en París. Hay vendedores de agua al por menor, cuyos trebejos consisten en un cántaro de tierra blanca, una vasera de mimbres ó latón que contiene dos ó tres vasos, azucarillos, y á veces un par de naranjas ó limones. Generalmente suelen ser estos vendedores muchachos gallegos, con chaqueta color de tabaco, calzón corto, polainas negras y sombrero puntiagudo. También los hay valencianos con zaragüelles blancos, manta al hombro y alpargatas bordadas de azul. Asimismo venden agua mujeres y chicas de insignificante traje. Por todas partes se oye su voz aguda gritar en todos los tonos y con innumerables variaciones:

«¡Agua! ¿Quién quiere agua? ¡Helada, fresquita como la nieve!» Es increíble la sed que se siente en Madrid, y no es raro que el Manzanares lleve tan poca agua, puesto que desde el manantial se la van robando, llevándosela á cántaros. El vaso de agua se vende á cuarto, y lo que Madrid necesita más, después del agua, es fuego para encender el cigarro. El grito de fuego se cruza sin cesar con el del agua; ambos elementos se combaten encarnizadamente. Llevan ese fuego, más inextinguible que el de Vesta, granujillas armados de recipientes metálicos llenos de carbón y ceniza, los cuales están provistos de un mango para no quemar los dedos.

Son las nueve y media. El Prado se despuebla y la gente acude á cafés y botillerías.

A los acostumbrados á los espléndidos cafés de París, nos parecen los de Madrid cafetines de vigésimo orden, y su adorno recuerda las barracas de feria donde se exhiben mujeres con barbas y sirenas vivas; pero la falta de lujo queda compensada con exceso por la excelencia y variedad de los refrescos que en ellos se despachan. Hay que confesar que en París se está aún en la infancia respecto á esto. Los cafés más celebres son los de la Bolsa, en la esquina de la calle de Carretas; el café Nuevo, donde se reúnen los exaltados, y el de Levante, próximo á la Puerta del Sol. No olvidemos el del Príncipe, junto al teatro del mismo nombre, punto de cita de artistas y literatos.

Entremos en el café de la Bolsa y veamos la lista de bebidas heladas, sorbetes y quesitos. Las bebidas heladas que, según el tamaño del vaso en que se sirven, se dividen en *chicos* y *grandes*, son muy variadas y tan superiores á las botellas de grosella agria y de ácido cítrico que se venden en

París, como el Jerez al vino de Brie, en una especie de hielo líquido del más exquisito sabor. Durante el día, antes de que se preparen los helados, se despacha agraz, cuyo sabor ligeramente acidulado es muy agradable. También se puede beber cerveza de Santa Bárbara, con limón, lo cual exige ciertas preparaciones. Primero se trae una ponchera y un cucharón; después destapa el mozo con precauciones infinitas la botella, cuyo tapón salta con estrépito, se echa la cerveza en la ponchera, en la cual se ha vertido antes el limón, se revuelve todo con la cuchara, se llena el vaso y se bebe. El que no guste de esta mezcla puede entrar en una horchatería de las que suelen estar á cargo de valencianos. La chufa es una especie de fruta que se cria en Valencia, se tuesta, se muele y sirve para hacer una bebida exquisita y muy refrescante.

Los sorbetes tienen más consistencia que los de Francia; los quesitos son helados duros, de varias clases: los hay de albaricoque y de naranja como en París, y otros se hacen con huevos sin formar, arrancados al cuerpo de gallinas despanzurradas, refinamiento del cual no he oído hablar más que en Madrid.

El café no se toma en tazas, sino en vasos, pero se usa poco.

Van más señoras á los cafés de Madrid que á los de París, aunque en aquéllos se fuma cigarrillo y puro. Allí suelen encontrarse *El Eco del Comercio*, *El Nacional* y *El Diario*, que indica el santo del día, las horas de misas y sermones, la temperatura, los perros extraviados, las amas para casa de los padres, etc.

La Puerta del Sol no es ninguna puerta, sino una fachada de iglesia, pintada de color de rosa y adornada con un reloj que está alumbrado de noche

y un gran sol con rayos de oro, de donde procede el nombre. Delante de la iglesia hay una especie de plaza, adonde empiezan las calles de Alcalá, Carretas y la Montera.

El Correo, edificio grande, ocupa una esquina de la calle de Carretas y tiene la fachada á la plaza. La Puerta del Sol es un punto de reunión de todos los vagos de la villa, y debe de haber muchos, porque desde las ocho de la mañana el gentío es inmenso: la política es el asunto principal de la conversación; el teatro de la guerra ocupa las imaginaciones, y más estrategia se hace allí que en todos los campos de batalla del mundo. A cada paso salen á relucir los nombres de Balmaseda, Cabrera, Palillos y otros cabecillas, y actos de crueldad que no cometerían los caribes. Balmaseda, en su última algarada, se acercó á unas veinte leguas de Madrid y se divirtió en romper los dientes al ayuntamiento y al alcalde, y en herrar los pies y las manos de un cura constitucional. Las victorias de Espartero, que á nosotros, acostumbrados á las grandes batallas del imperio, nos parecen poca cosa, sirven también de texto á los políticos de la Puerta del Sol. A consecuencia de un triunfo en que ha habido dos muertos y tres prisioneros y se ha cogido al enemigo un mulo cargado con un sable y doce cartuchos, se iluminan los edificios y surge un entusiasmo indescriptible.

Vamos al correo á ver si hay cartas de Francia: en Madrid las cartas dirigidas á la lista se numeran, y este número y el nombre del destinatario se inscriben en unos papeles que se pegan en unos pilares; hay el pilar de Enero, el de Febrero, etcétera. Cada destinatario busca su nombre, toma nota del número y se va á la reja á pedir la carta, que es entregada sin otras formalidades. Las cartas no

recogidas al cabo de un año, se queman. En los soportales del patio de Correos, sombreados con cortinas de esparto, hay muchos gabinetes de lectura. El porte de las cartas no es caro, y á pesar de los innumerables riesgos á que exponen á los correos facciosos y bandidos, el servicio se hace con gran regularidad.

Una cosa muy sorprendente es la frecuencia de la inscripción «Juego de billar», y no sé para qué demonios sirven tantos juegos, donde cabrían todos los jugadores del universo. Después de la mencionada, la inscripción más frecuente es la de «Despacho de vinos», cuyos mostradores están pintados de colores vivos. También son muy numerosas las pastelerías y confiterías, y los dulces españoles merecen especial mención: el llamado cabello de ángel es exquisito.

El interior de las casas es vasto y cómodo; los techos son altos y no se escasea el espacio, se atraviesa larga fila de habitaciones antes de llegar á la parte realmente habitada, porque aquéllas, encaladas generalmente ó pintadas de amarillo ó azul con filetes de color, no ostentan otros muebles que cuadros ahumados y negruzcos (que representan degollaciones de mártires, asunto predilecto de los pintores españoles) colgados de la pared y casi siempre arrugados y sin marco. El pavimento suele ser de ladrillos, cubiertos con esteras, tejidas con muy buen gusto; no harían más fina labor los indígenas de Filipinas ó las islas Sánwich.

Los pocos muebles que hay en las casas españolas son feísimos, y las formas del imperio florecen en toda su integridad. Allí se ven pilastras de caoba coronadas por cabezas de esfinges de bronce verde, medias cañas de cobre y marcos de guirnaldas pompeyanas, que desaparecieron tiempo ha

del mundo civilizado; no hay un mueble de madera esculpida, ni una mesa con incrustaciones, ni un gabinete de laca; desapareció completamente la antigua España. En cambio hay abundancia de sillas y canapés de paja; las paredes están pintarrajeadas con columnas y cornisas imitadas ó embadurnadas con una capa de pintura al temple. En mesas y chineros hay mil figurillas de porcelana que representan trovadores, á Matilde y á Malek Adel y otros asuntos ingeniosos; perritos de cristal hilado y otras *magnificencias* cuya descripción sería prolija. No me atrevo á hablar de los horrorosos grabados iluminados que pretenden embellecer las paredes.

El calor es excesivo en Madrid y se presenta de improviso, sin transición primaveral; por eso dicen que allí hay tres meses de infierno y seis de invierno. No hay otro medio de librarse de la lluvia de fuego que meterse en salas bajas, en las cuales reina casi completa obscuridad y se conserva la humedad con un perenne riego. Esta necesidad de frescura ha dado origen á la moda de los búcaros, que seguramente desagradaría á las damiselas de París, pero parece del mejor gusto á las lindas españolas.

Son los búcaros unas vasijas de barro colorado de América, semejante al que se utiliza para las pipas turcas; algunos tienen adornos dorados y flores pintadas groseramente. Como en América ya no se fabrican, van escaseando, y dentro de algunos años serán difícilísimos de encontrar.

Cuando se quieren utilizar los búcaros, se colocan siete ú ocho en veladores ó rinconeras y se llenan de agua. Al poco rato toma la arcilla tinte más obscuro, péntrale en los poros el agua, y el búcaro se rezuma y exhala un olor semejante al

del yeso mojado ó al de una cueva húmeda no abierta en mucho tiempo. Tan abundante es la transpiración del búcaro, que al cabo de una hora se ha evaporado la mitad del agua; la que queda en la vasija está fría como la nieve y tiene un sabor á agua de pozo bastante nauseabundo, pero delicioso para los aficionados. Con media docena de búcaros basta para dar tal humedad al aire, que la habitación parece un baño de vapor frío. Hay personas que no contentas con aspirar el olor y beber el agua, mascan pedacitos de búcaro, los trituran y se los tragan.

No es fácil conocer las costumbres de un pueblo y los usos sociales en seis semanas; me parece, sin embargo, que en España las mujeres disfrutan mayor libertad que en Francia: los hombres se muestran con ellas humildes y sumisos y suelen expresar su amor en versos de todas clases, aconsonantados, asonantados y libres. En cuanto han puesto su corazón á los pies de una beldad, ya no se les permite bailar más que con viejas ni conversar más que con feas. No pueden visitar casas donde haya muchachas. Según púde juzgar, las españolas no son volubles y entablan relaciones que pueden durar muchos años. Los maridos están admirablemente civilizados y son tan bonachones como los de París; ya no queda rastro de los antiguos celos españoles, origen de tantos dramas y melodramas. Para acabar de quitar ilusiones, todo el mundo habla perfectamente el francés.

El teatro del Príncipe tiene una distribución muy cómoda y allí se representan dramas, comedias, sainetes y entremeses. Allí he visto representar el drama de don Antonio Gil y Zárate, *Carlos II el Hechizado*, obra construída según el gusto shaesperiano. Don Carlos se parece á Luis XIII de

Marion Delorme, y la escena del fraile en la cárcel es semejante á la visita de Claudio Frollo á la Esmeralda, en el calabozo donde aguarda la muerte. Representó el papel de Carlos II Julián Romea, actor de talento admirable; imposible es llegar á mayor extremo de ilusión y de verdad. Matilde Díez es también una actriz de primer orden, que matiza con exquisita delicadeza. No le encuentro más defecto que el de hablar muy de prisa, que no lo es para los españoles. El gracioso Guzmán gustaría en cualquier escenario. También se representan en el teatro del Príncipe comedias de magia, y allí he visto *La pata de cabra*. La parte coreográfica es muy mediana y las primeras bailarinas son peores que las segundas de la Opera de París. En cambio, las comparsas demuestran una inteligencia extraordinaria. No existe el baile nacional. En Burgos y en Valladolid nos habían dicho que las buenas bailadoras estaban en Madrid; aquí nos dicen que en Sevilla. Ya lo veremos. Aquí no gustan los bailes nacionales; en cuanto va á bailarse la jota aragonesa y el bolero, la gente aristócrata se levanta y se va; no se quedan más que los extranjeros y la gente baja, cuyo instinto poético está más desarrollado.

El Palacio Real es un gran edificio cuadrado, sólido, con muchas ventanas y puertas, columnas jónicas, pilastras dóricas, todo lo que suele llamarse de buen gusto. Los terraplenes que lo sostienen y las montañas de Guadarrama, sobre las cuales resalta, realzan lo vulgar y aburrido de su contorno. Velázquez, Maella, Bayeu y Tiépolo han pintado para él hermosos techos más ó menos alegóricos; la escalera monumental es muy hermosa, y á Napoleón le pareció mejor que la de las Tullerías. Las columnas y los leones del Congreso son de

gusto abominable; no creo que puedan hacerse buenas leyes en casa con tal arquitectura. Frente al Congreso se yergue en medio de la plaza una estatua de bronce de Cervantes; plausible fué erigirla en honor del inmortal autor del *Quijote*, pero ya debieron hacerla mejor.

El monumento dedicado á las víctimas del Dos de Mayo está en el Prado, y al verlo me creí transportado á la plaza de la Concordia de París, figurándome contemplar el venerable obelisco de Luxor, al cual no hubiera creído capaz de hacer tal viaje. El Dos de Mayo es bastante hermoso y no carece de gravedad fúnebre. Lástima que no sea de una sola pieza. Algo abusan los españoles de aquel glorioso y heroico episodio, al cual se dedican cuadros y grabados innumerables.

La Armería vale poco, y es incomparablemente inferior al Museo de Artillería de París. Se ven pocas armaduras completas y de conjunto auténtico. Y hay cascos colocados sobre petos de época anterior y posterior. Se quiere explicar este desorden diciendo que cuando la invasión francesa fueron ocultadas en desvanes tan preciosas reliquias, y allí se mezclaron y confundieron, sin que luego haya sido posible reunir las y volverlas á montar con acierto. No es posible fiarse de las indicaciones de los guardas. Nos dijeron que era la carroza de doña Juana la Loca, madre de Carlos V, un carruaje de madera esculpida, de admirable labor, que de ningún modo pudo ser fabricado en época anterior á la de Luis XIV. Hay pocas armas moriscas, reducidas á dos ó tres adargas y algún yatagán. Lo más curioso son las sillas de montar, bordadas de oro y plata, imbricadas con hojas de acero, numerosas y raras, pero nada cierto se sabe de la época en que se usaron.

El Buen Retiro es una residencia real situada cerca del Prado, que no puede compararse con Versailles, Marly ni Saint-Cloud. El Buen Retiro parece la finca de un tendero enriquecido: es un jardín lleno de flores vulgares, pero vistosas; estanquillos con rocas artificiales y surtidores, lagos verduzcos donde hay cisnes de madera blanca barnizada y otras maravillas de mediano gusto. Los madrileños se extasian delante de una casa rústica, donde hay la cosa más ridícula y grotesca que puede imaginarse. Figuraos un establo con una cabra y un cabrito disecados y una cerda de piedra parda cuyas tetas maman cerditos de la misma materia. A algunos pasos de la casa el guía se adelanta, abre con misterio la puerta, y cuando os permite entrar oís sordo rumor de ruedas y os encontráis frente á horrorosos autómatas que hacen manteca, hilan ó mecen chiquillos de madera tumados en cunas esculpidas; en la habitación contigua está un viejo enfermo y echado en la cama. Ese es el resumen exacto de las principales magnificencias del Retiro.

El Museo de Madrid, cuya descripción exigiría un tomo entero, es de extraordinaria riqueza; abundan los cuadros de Rafael, Tiziano, Pablo Veronés, Rubens, Velázquez, Ribera y Murillo: están bien alumbrados, y la arquitectura del edificio es de buen estilo, sobre todo por dentro. La fachada que cae al Prado no es de buen gusto, pero el conjunto honra al arquitecto Villanueva.

Después de este Museo se debe visitar el de Historia Natural, donde están el megaterio, fósil maravilloso con huesos como barras de cobre, que debe de ser el *Behemot* de la Biblia; una pepita de oro nativo que pesa 16 libras; los *gongs* chinos, cuyo sonido (digase lo que se quiera) se parece

mucho al que produce un puntapié dado á un caldero, y una serie de cuadros que representan las variedades que pueden nacer del cruzamiento de las razas blancas, negras y cobrizas.

En la Academia de Bellas Artes hay admirables cuadros de Murillo, *La fundación de Santa María la Mayor* y *Santa Isabel lavando á los niños*; otros varios de Ribera y del Greco y una hermosa hembra, con traje español, echada en un sofá, del buen Goya, el pintor español por excelencia.

Francisco Goya y Lucientes es el nieto de Velázquez; detrás de él vienen los Aparicio y los López; la decadencia es completa, queda cerrado el ciclo del arte. ¿Quién lo volverá á abrir?

Extraño pintor, singular genio fué Goya. Más dice un croquis suyo que las descripciones más largas de las costumbres españolas. Por su azarosa existencia, por sus múltiples talentos, parece que Goya pertenece á las más brillantes épocas del arte, y sin embargo, casi es contemporáneo, puesto que en el año 1828 murió en Burdeos.

Goya hizo de todo, y su talento, aunque perfectamente original, es una rara mezcla de Velázquez, Rembrandt y Reynolds. Recuerda á los tres maestros, pero como el hijo recuerda á sus ascendientes sin mutación servil, más bien por congénita disposición que por voluntad formal.

Tiene, en el museo del Prado, los retratos de Carlos IV y de la reina á caballo. Las cabezas están maravillosamente pintadas y llenas de vida. También tiene un picador y los fusilamientos del Dos de Mayo. La manera de pintar de Goya era tan excéntrica como su talento, y lo mismo pintaba con esponjas que con escobas ó con trapos. Con una cuchara en vez de pincel ejecutó una

escena del *Dos de Mayo*, que es una obra admirable.

Tan enérgica es la individualidad de este artista, que no se puede dar de él una idea, ni aun aproximada. No es un caricaturista como Hogarth, Bamburry ó Cruishanck; ni Hogarth, serio, flemático, exacto y minucioso como una novela de Richardson, ni los otros dos, tan notables por su maligna viveza, tienen nada común con el autor de los *Caprichos*. Más se aproxima á Callot, pero éste es claro, preciso, fiel á la verdad, á pesar de ser amanerado y extravagante; sus más raras diabluras entran en lo posible. Las composiciones de Goya son noches profundas, donde un brusco rayo de luz esfuma contornos pálidos, extraños fantasmas.

Digamos algo de los *Caprichos* de Goya: una lámina representa un matrimonio por dinero; allí hay una pobre muchacha sacrificada á un viejo cacoquimio y monstruoso: la novia está encantadora con su antifaz de terciopelo negro y su basquiña de flecos; en los padres se ve á la legua la rapacidad y la miserable envidia, y tienen trazas de tiburones ó cocodrilos. En otra lámina se ve al coco que espanta á los chiquillos, y podría asustar á quienes no lo sean, porque nada he visto más terrible que el tal espantajo. En otras hay majos que galantean á hermosas jóvenes vestidas con el traje español: viejas grotescamente horribles, viciosamente deformes, cada una de las cuales reúne en sí la fealdad de los siete pecados capitales. Imaginaos fosos y taludes de arrugas; ojos como ascuas apagadas en sangre; narices adornadas con verrugas; hocicos de hipopótamos erizados de pelos tiesos; bigotes de tigre; bocas de alcancía, contraídas por asquerosa sonrisa; algo semejante á

la araña y á la cucaracha, que hace sentir el mismo asco que pisar la panza blanca de un sapo.

Cuando se entrega á inspiración *demonográfica* es Goya admirable; nadie sabe como él hacer rodar por la atmósfera cálida de una noche tormentosa enormes nubes negras cargadas de vampiros, brujas y demonios.

¿Cuál es el alcance estético y moral de esas obras? Se ignora. Acaso haya dado su opinión Goya sobre ello en uno de sus dibujos que representa á un hombre con la cabeza apoyada en el brazo, á cuyo alrededor revolotean mochuelos y lechuzas. Debajo dice: *El sueño de la razón produce monstruos*.

Otra obra notable de Goya es la serie de estampas de *La Tauromaquia*. Era el pintor muy aficionado á la fiesta y pasaba una gran parte del tiempo con toreros, de modo que era el hombre más competente del mundo para tratar el asunto, y aunque las actitudes, las posturas, las defensas y los ataques sean de una exactitud irreprochable, Goya ha vertido en estas escenas sombras misteriosas y colores fantásticos. ¡Qué cabezas caprichosamente feroces! ¡Qué furor en los movimientos! Los toros y los caballos, aunque de formas á veces fabulosas, tienen una vida y un arranque que les faltan generalmente á las bestias reproducidas por pintores de animales. Las hazañas de Gazul, del Cid, de Romero, de Pepe Hillo, están trazadas con fidelidad muy española.

En las *Escenas de invasión* no hay más que el despojo de montones de cadáveres, violaciones de mujeres, transporte de heridos, fusilamiento de prisioneros, saqueo de conventos, fugas de habitantes, estrangulaciones de patriotas, todo tratado de una manera fantástica y exorbitante que haría

creer en una invasión de tártaros en el siglo XIV. Entre esas láminas hay una terrible, misteriosa, y cuyo sentido, vagamente entrevisto, parece lleno de estremecimientos y de espanto: un muerto medio soterrado se incorpora á medias apoyado en un codo, y con la huesosa mano escribe sin mirar en un papel que tiene al lado una palabra que vale tanto como las más negras del Dante: *Nada*. En torno á su cabeza, que conserva bastante carne para ser más horrible que un cráneo seco, revolotean, visibles apenas en la espesa tiniebla, monstruosas figuras de pesadillas iluminadas por lívidos relámpagos. ¿Sabéis de algo más siniestro y más desolador?

En la tumba de Goya está enterrado el antiguo arte español, el mundo ya desaparecido de toreros, majos, manolas, frailes, contrabandistas, ladrones, alguaciles y brujas, todo el color local de la Península. Llegó á tiempo para recoger y fijar todo aquello. Pensó trazas caprichosas, é hizo el retrato y la historia de la España vieja, mientras creía servir á las ideas y á las creencias nuevas.

IX

El Escorial.—Los ladrones

El Escorial está á siete ú ocho leguas de Madrid, al pie de una cordillera, y nada se puede imaginar más árido y desolado que la campiña que hay que atravesar para verlo; no hay un árbol ni una casa: pendientes que se juntan unas con otras, barrancos desiertos, y en lontananza montañas azules cubiertas de nieve ó de nubes.

A medio camino, y en lo alto de una cuesta fatigosa, hay una casucha aislada, única que se halla en un espacio de ocho leguas, frente á un manantial que filtra gota á gota agua pura y helada. Se beben todos los vasos de agua que se pueden, se deja resollar á las mulas y se reanuda la marcha. Pronto se ve el Escorial, Leviatán de la arquitectura. De lejos es hermoso el efecto; parece verse un inmenso palacio oriental. Antes de llegar hay que atravesar un gran bosque de olivos, adornado con cruces caprichosamente encaramadas en peñascos del efecto más pintoresco. En seguida se llega al pueblo y se ve frente á frente al coloso, que pierde mucho visto de cerca, como todos los colosos del mundo.

Todo el mundo sabe que el Escorial fué edificado á consecuencia de un voto que hizo Felipe II en el cerco de San Quintín, durante el cual tuvo que